

TIM BRUNO

OSSIDEA

LA GUERRA DE LOS GIGANTES



DESTINO

TIM BRUNO

OSSIDEA

LIBRO 2



LA GUERRA DE LOS GIGANTES

CAPÍTULO

1



EL VUELO DE GALANTHOR

El viento rozaba velozmente las plumas blancas de *Galanthor* y las hacía temblar como las hojas de las ramas altas. El cisne, batiendo las alas, volaba seguro hacia el este, en dirección al Mar del Medio; su largo cuello tendido hacia delante, semejante al de un dragón, ondulaba a cada aleteo. Bajo ellos pasaba el territorio de Arborea, el Bosque Eterno. Ya no se veía Etheria, pero todavía podía vislumbrarse, muy arriba en el cielo, la gran nube de humo que desprendía el fuego de Kahós.

David Dream escrutaba los árboles sagrados intentando localizar, entre el follaje, los *arbohirs* de los elfos. Allá arriba, entre las alas del cisne sacro, se sentía a salvo de la guerra, pero el temor por la suerte de sus amigos y de Ossidea, la reina de los elfos, inquietaba su joven corazón; sólo tres días más tarde comenzaría el asedio a la Ciudad del Cielo. Todas las esperanzas estaban puestas en él y en el ejército de los uros, pero el tiempo volaba más de prisa que *Galanthor*.



Cuando David la vio por primera vez, lejana, al este, sólo parecía una nube; una nube oscura que se movía rápidamente hacia ellos.

«Qué raro, el viento sopla del oeste», pensó el chico.

Como si le hubiera leído el pensamiento, *Galanthor* volvió apenas la cabeza hacia Oriente y, tras observar también la nube, aceleró el vuelo aleteando con mayor energía.

—¿Qué ocurre, *Galanthor*? —le preguntó David—. ¿Tienes miedo?

De repente, la nube cambió de forma y se alargó hacia ellos como una serpiente.

«No es lo que parece», pensó el joven, y su mano corrió a aferrar a *Inuk*, la espada nuknuk.

Instantes después oyó un sonido espeluznante, como chillidos de demonios. También *Galanthor* lo oyó, porque sus alas batieron el aire frenéticamente. La persecución había empezado.

—Pero ¿qué diantres es eso?

Una voz resonó en su cabeza, y el chico no supo ya diferenciar su mente de la del cisne.

«*Córaxes...*, demonios de la oscuridad.»

Y entonces los vio: miles de pájaros, negros y relucientes como la pez, volaban hacia ellos en una gigantesca bandada. Sus chillidos, que les llegaban distorsionados por el viento, semejaban lamentos de condenados. David desenvainó la espada e incitó a su cabalgadura:

—¡Más rápido, *Galanthor*, más rápido!

Pero el cisne volaba ya al límite de sus posibilidades y los perseguidores eran más veloces.

Tenían picos tan largos como cuchillos y los ojos grises como el humo. Sus incesantes chillidos se metían en la cabeza y provocaban terror y locura.

—¡Los tenemos encima!

En un intento desesperado por esquivar a sus enemigos, *Galanthor* trató de ganar velocidad descendiendo, pero la maniobra resultó inútil, pues instantes después la bandada los rodeó.

—¡Fuera! —gritó David cortando el aire con la hoja de su espada.

En medio de aquella multitud de pájaros oscuros, el cisne parecía mayor aún, y más intensa la blancura de sus plumas.

Los córaxes se agolparon en torno a *Galanthor* en tal número que ocultaron el cielo con sus alas. Volaban en formación, a uno y otro lado, sin atacarlos.

—¿Qué están...?

De repente, sin embargo, como si tuvieran planeada una estrategia, cayeron sobre el cisne.

—¡No! —gritó David echando el cuerpo hacia delante para proteger a su compañero.

Galanthor retrajo el cuello, lo estiró y atacó veloz como una víbora; la criatura que atrapó con su pico soltó un quejido horrible y luego se precipitó al vacío en medio de una nube de plumas negras.



Sorprendidos por la rapidez del cisne, los pájaros rompieron su formación y algunos se pusieron al alcance de la hoja de *Inuk*; David descargó un golpe e infirió tajos a tres córaxes. Pero no le había dado tiempo a alegrarse cuando más pájaros, cientos de ellos, empezaron a atacarlos por todas partes, sin importarles los compañeros que caían muertos o heridos. Se lanzaban contra la cabeza del cisne tratando de cegarlo y desequilibrarlo. La gran ave ya no conseguía sustraerse a los picotazos, y su plumaje immaculado se tiñó de rojo en sólo unos segundos. En vano intentaba defenderlo el chico, pues los agresores habían aprendido en seguida a esquivar sus golpes.

—¡Malditos! ¡Fuera, fuera! —gritaba haciendo girar la espada en el aire, pero ya *Galanthor* estaba indefenso; perdía altura y su vuelo se había vuelto lento y trabajoso. Los córaxes lo picoteaban sin piedad, como un enjambre de insectos enloquecidos.

David vio las ramas de los árboles tan cercanas que casi habría podido tocarlas; el cisne volaba ahora a escasos metros de las copas. Estaban cayendo como un avión fuera de control.

—¡No! ¡No! ¡Aguanta, *Galanthor*! ¡Aguanta! —gritó el joven.

Galanthor logró ganar unos metros de altura, pero inmediatamente los córaxes volvieron a atacarlo para que se precipitara. Una ala chocó contra la copa de un árbol y el ave giró bruscamente. El chico cerró los párpados, apretó los dedos entre las plumas y se preparó para estrellarse.



Entonces oyó un sonido estridente, roto.

Cuando abrió los ojos, apenas tuvo tiempo de ver caer a un córax herido de muerte. Luego vio a otro y a otro más, y le pareció que una nueva nube subía hacia ellos desde las copas de los árboles.

«Pero ¿qué...?»

Cientos de flechas cruzaron el aire, pasándole tan cerca que David podía oír su frío silbido; ni una falló su blanco.

Sólo unos momentos después, los córaxes abandonaron la persecución y ascendieron intentando librarse de la carnicería. El joven miró hacia abajo y, sin verlos siquiera, dijo:

—Los elfos son criaturas extraordinarias.

Luego miró a *Galanthor* y sus ojos se llenaron de lágrimas. El cuello del cisne estaba cubierto de sangre y sólo su desesperada defensa había impedido que lo dejaran ciego.

—¡Detente! ¡No puedes seguir volando así! Paremos a descansar un momento. Deja que eche un vistazo a tus heridas.

Pero el cisne no hizo ningún caso de aquel ruego. Ganó un poco de altura y giró nuevamente hacia el este para retomar la ruta original. Su vuelo volvió a ser regular, y en pocos minutos el ave pareció haberse recobrado de todo el dolor y el miedo. David alargó una mano, lo acarició despacio y le habló con tiernas palabras; *Galanthor* respondió tranquilizándolo a él.



CAPÍTULO

2



EL SEÑOR DEL MAR

Sobrevolaban el desierto de sal. La gran superficie blanca, con sus cristalitos, reflejaba los rayos del sol, y al joven le parecía estar volando cabeza abajo, porque la luz proveniente de la tierra era incluso más fuerte que la del cielo. El aire era caliente y espeso, pero a *Galanthor* no parecía molestarle y avanzaba con seguridad con su largo cuello tendido hacia levante.

En medio de la claridad del desierto aparecieron de improviso pequeñas construcciones oscuras dispuestas una junto a otra, como un pueblo sin vida.

«¡Los túmulos del pueblo perdido!», pensó David, y su mente retrocedió al día en que había caído enfermo. Sólo entonces se dio cuenta de todo el camino que su amigo el gigante había recorrido para ponerlo a salvo. Visto desde allá arriba, el desierto parecía todavía mayor, y le pareció increíble que Mac'roc y él hubieran podido atravesarlo a pie. Vio a su amigo y se vio a sí mismo como minúsculos puntitos perdidos en la claridad infinita.



Cuando el sol empezó a ponerse a su espalda y el aire se fue volviendo más fresco, el horizonte cambió de color y un olor familiar llegó para reconfortar al joven.

—¡El mar! ¡Mira, *Galanthor*! ¡Delante de nosotros está el mar!

El ave respondió arqueando su largo cuello y un temblor recorrió su cuerpo. Minutos después llegaron al límite de la tierra firme. David buscó con los ojos en el agua de la laguna y por fin logró localizarlo:

—¡Ahí está! ¡Ése es el *Mhor'rob*! En ese viejo pesquero cruzamos el Mar del Medio. ¡La marea no se lo ha llevado!

El cisne sobrevoló el barco como una flecha y puso rumbo a mar abierto, hacia Gorbila.

Mientras la laguna pasaba rápidamente bajo ellos, el chico pensaba en su próximo encuentro con el rey de los gurblús. Si Nagor se negaba a ayudarlo, nada podría salvar el reino de Ossidea del ataque de Kahós. Al joven de la raza humana le preocupaba el talante imprevisible del Señor del Mar.

«Nagor es leal a Ossidea y no teme a Kahós —pensaba David—, pero ¿cómo reaccionará cuando le pida su flota para transportar al ejército de los uros por el Mar del Medio? Los gurblús no aprecian a los gigantes y temen su venganza. Tendré que ser convincente...»

* * *

Era una noche calurosa y sin viento, y el mar estaba en calma, casi inmóvil. *Galanthor* volaba cerca del agua,



y el chico vislumbraba, de vez en cuando, movimientos bajo la superficie, animales misteriosos cuya forma sólo podía intuir. De pronto le pareció que una criatura colosal, tan grande como una isla, se movía lentamente bajo ellos. ¿O sería solamente un banco de arena al que daban vida los movimientos del mar?

«Vuela más alto, *Galanthor*, mejor no correr riesgos», pensó, y el cisne ganó altura.

Fue entonces cuando David descubrió las torres vigía despuntando en el horizonte.

«¡Ahí están! ¡Gorbila está frente a nosotros! ¡Casi hemos llegado!»

Conforme se aproximaban, veían las torres que se elevaban sobre el agua, hasta que finalmente apareció en su base el gran ojo del palacio de Nagor. Cuando cruzaron la entrada del cráter, Gorbila emergió del mar teñida de rojo por la luz del ocaso; parecía arder sobre las aguas en las que se alzaba. Algunos faroles estaban encendidos ya y brillaban entre los palafitos y la muralla antigua.

«Es preciosa, ¿verdad?», pensó el chico mirándola.

El cisne trazó un extenso círculo sobre la ciudad y se preparó para amerizar.

Los soldados de las torres había avistado al cisne antes incluso de que *Galanthor* entrara en la laguna. Cuando el ave tocó la superficie del agua dejando una larga estela, numerosos soldados a lomos de delfines lo rodearon en seguida; entre ellos, David reconoció a Goúl'guien, el oficial que los había guiado a Mac'roc y a él por el Mar

de Nagor. El gurblú lo miró con incredulidad, abriendo de par en par sus grandes ojos translúcidos.

—Te dejé a bordo de un viejo pesquero, David Dream, y te encuentro cabalgando el cisne sagrado de Etheria. No te juzgué mal, pues.

—Me alegro de volver a verte, Goul'guien —dijo David mientras el cisne y el delfín, pico frente a morro, se estudiaban—, pero por desgracia traigo malas noticias. Condúceme ante el rey Nagor, el tiempo apremia.

—No existe mejor salvoconducto que el que traes —respondió el oficial observando a *Galanthor*—. ¡Sígueme!

El cisne nadó tras la estela del delfín en dirección al corazón de la ciudad. Los habitantes de Gorbila, que nunca habían visto al cisne de Etheria más que en las monedas y las banderas de las naves élficas, contemplaban estupefactos aquella visión blanca. Al poco rato se había formado detrás del cisne un largo séquito de gurblús, que escoltó a David y *Galanthor* hasta las puertas de Nagoria. Pero muy pronto, a la curiosidad se añadió la preocupación, porque resultaba claro que aquella visita tan extraordinaria era un presagio de acontecimientos igual de excepcionales, y nadie ignoraba ya que más allá del desierto de sal se libraba una guerra.

Cuando Nagor vio al cisne sagrado dentro de la cúpula, iluminado por la luz del ocaso que bajaba desde el gran óculo, no supo disimular su asombro ni su emoción.

—Príncipe de los humanos —dijo con los ojos como platos—, te presentas ante el rey de los gurblús a lomos



del cisne de Etheria. Haces un gran honor al pueblo del mar. *Ossidea etheran'him* —prosiguió el rey con una inclinación de cabeza en señal de reverencia a la reina de los elfos—. Y ahora, pronto, cuéntame tu pasado.

—Kahós ha roto las defensas del ejército de Arborea, Señor del Mar. Su ejército ha pasado el Odor y se prepara para entrar en el Gran Calvero. El asedio de Etheria es inminente.

El rey respiró hondo.

—El ejército de las montañas es muy poderoso —continuó—. El Señor del Mar temía este futuro. Ahora, el futuro es presente.

—Pero tal vez haya un futuro que el Señor del Mar aún no ha visto —dijo David.

Nagor lo miró con sorpresa e inquietud.

—Mi petición es simple: en las Tierras de Oriente está el ejército más poderoso de la Tierra de Arcon, el ejército de los uros. Los gigantes son los únicos capaces de combatir a Kahós, pero, como sabes, no tienen barcos para cruzar el Mar del Medio.

—Continúa —dijo Nagor con un hilo de voz.

—En nombre de Ossidea, reina de los elfos, y de Mac'roc, príncipe de Roc'Oorc, te pido que transportes al ejército de los uros a la ribera occidental para que pueda romper el cerco de Kahós a la Ciudad del Cielo.

Si David hubiese podido ver el rostro de Goúl'guien a su espalda, habría visto cómo se transfiguraba y palidecía al oír aquellas palabras.



Nagor, en cambio, se había quedado inmóvil, como petrificado, y ni un solo gesto, ni un solo movimiento de sus ojos, traicionó su pensamiento en los minutos que siguieron a aquella loca petición. El chico trataba de aparentar seguridad, como si la respuesta que esperaba no pudiera ser más que una, pero en su fuero interno se consumía de angustia y no podía imaginar qué sucedería en adelante. Tras un largo silencio, roto solamente por el ruido del agua que golpeaba las paredes del palacio real en pequeñas olas, el rey volvió a hablar por fin.

—Cuéntame nuestro futuro, príncipe de los humanos.

David inspiró profundamente.

—Yo volaré inmediatamente a Roc'Oorc y le pediré al rey RohOn'roc que convoque a sus fuerzas. Los gurbúlús juntarán su flota y partirán inmediatamente hacia la orilla oriental. Os esperaremos en la península de Karcadua. El fondo es de arena y permite fondear sin peligro.

—Sea como dices —afirmó el rey sin titubeos—. La flota del mar estará allí al séptimo amanecer. Buen futuro, David Dream.

—*Ossidea etheran'him* —dijo David como despedida, y antes de que abandonara la cúpula, el rey ya se había retirado.

Cuando salió al aire libre tras el delfín, los cuernos de Gorbila sonaban ya con fuerza y hacían vibrar la superficie del agua; llamaban a formar la flota.

Goúl'guien condujo rápidamente al cisne hasta aguas



abiertas, de modo que tuviera suficiente espacio para alzar el vuelo.

—Entonces, nos vemos en Karcadua.

—Dentro de siete días, Goúl'guien.

El soldado asintió y añadió:

—Eres un joven príncipe lleno de sorpresas, David Dream, y tienes una cabalgadura digna de ti. ¡Vuela ahora! ¡El tiempo corre en nuestra contra!

David respondió con una sonrisa y, mientras el cisne aceleraba ya su palmoreo para despegar del agua, saludó con la mano.

—¡Hasta Karcadua!

